

Nunca me consideré

Sofía Sanabria



Capítulo 1

Nunca me consideré una persona con suerte. Nunca. De hecho desde que rompí en llanto la primera vez en este mundo al salir del útero de mi madre, no me dejaron de pasar más que desgracias. Pesadillas. Torturas. Pero a pesar de todo tengo a mí Alhelí. Ay mi dulce Alhelí, el faro de mis penumbras, la que cura mis calamidades.

Nunca me consideré una persona con suerte. Incluso al día de hoy, que tengo que vivir una mentira, un mundo ficticio que me vi obligado a armarme para sobrevivir, subsistir. No estoy seguro de que nada sea real a estas alturas. Excepto el amor que le tengo a la dueña de mi corazón, de mi alma. A la que me genera cosquillas en las venas de solo ver el brillo en sus resplandecientes ojos negros, tan oscuros como el fondo del mar. Y con gusto me sumergiría en aquel mar hasta que mis pulmones se llenen de agua y colapsen.

Mi desdicha comenzó un 7 de julio de 1913 cuando explotó la caldera del caserón que mis padres habían heredado del ladrón -timador, defraudador, explotador, tramposo, chantajista, truhán- de mi abuelo , que bastante seguro estoy de que su posición la consiguió traficando esclavas infantiles. Asunto que no viene al caso y es irrelevante, porque a quién le importan los esclavos y menos que menos a quien le importan las mujeres-excepto la florcita más bella de mi jardín. En fin, ese caserón ya no existe. Puf. Adiós. De un segundo para otro se redujo a cenizas. Y con ello redujo a cenizas a todos los que lo habitaban. Se carbonizaron desde mis padres hasta las criadas. Y desde las criadas hasta la vecina viuda que había dado la casualidad de que estaba de visita. Encontraron sus restos-si a esa masa negra se le podían llamar restos- en el cuarto de mi padre frente a él de rodillas. Rezando con el último aliento que le quedaba de vida.

Decir que estos recuerdos me angustian o me hacen sentir miserable, haría de mí nada más que un gran mentiroso. Cierto es, no me interesaba ninguna de esas vidas, y estoy segura que en más de una de ellas, el sentimiento era mutuo. Sin embargo soy consciente de que a la vista queda más lindo calzarse el escotado vestido negro de seda y aquel pañuelo de tela italiana bordado con finas piedras, para llorarle a una lápida donde yace un pedazo de carne sin vida, un cadáver, que desde el minuto uno se convierte en el festín de centenares de lombrices. Me resulta morboso directamente el concepto funeral.

En fin, el día del hecho yo tuve la suerte-o la desgracia-de haber sido olvidado por mi niñera en el cumpleaños de un amiguito de la escuela-que de amiguito poco tenía. En ese momento la odie profundamente porque me dejó varado con sólo seis años en el infierno mismo donde el diablo en vez de apuñalar con un tridente, era un niño-más bien una horda de niños- arrojandote cualquier objeto que esté al alcance de sus ojos y sus pequeñas y huesudas manos de salvajes. Claro está, que al pasar las horas y al ser la policía, en vez de la niñera quien pasó a recogerme, me di cuenta que era ella quien verdaderamente estaba en un infierno. Con

las llamas y el calor incluidos.

En días nublados y húmedos a mi mente le gusta pensar la cantidad de problemas que me hubiera ahorrado si faltaba ese poco festivo cumpleaños y me hubiese quedado en casa, tirado mirando el techo, como me era habitual.

Hoy día, tengo la desgracia de ser un exitoso periodista. Se preguntarán ¿Qué tendrá eso de desgracia? si soy invitado a lujosas cenas, en ocasiones reconocido en la calle, me entrevistan, me pagan en dolares a veces, y puedo darme el lujo de cenar con una(s) copita(s) de Malbec todas las noches. Y aquí va mi explicación: para ser un periodista exitoso, serio, uno debe tener convicciones. Al menos alguna certeza en la vida, y no navegar en un mar de ambigüedades. O al menos no todo el tiempo. Y esas mismas convicciones que te llevan al estrellato, son las que en tiempos agitados y déspotas, puede reducirte a cenizas. Al igual que a mis padres, a la devota amante y a las sirvientas. Hay veces que tener convicciones es tu condena. Más si tu voz y tus ideologías retumban en los oídos y los ojos de miles de lectores, y por ende en miles de cabezas.

Escribo para un diario el cual se sustenta y sigue en pie únicamente debido a que la gente corre todas las semanas a comprarlo por mis columnas. No me interesa decirlo de manera tan directa, no me creo la gran cosa, pero reconozco que soy bueno en lo que hago. Y eso, verán, es otro de los reflejos de mi mala suerte. Ser demasiado bueno en las cosas que hago y simplemente reconocerlo. A las personas les causa rechazo automáticamente cualquier ser que sepa que es bueno en lo que hace. En cambio, es preferido un hipócrita, que vista a mucha honra la careta de humildad, y por protocolo se pasee por todos lados repitiendo hasta la disfonía que cuenta con esa cualidad, como sabemos cualquier humilde haría.

Personalmente odio el concepto humildad en cualquiera de sus aplicaciones, pero eso es tema para otro día, junto con lo de mi abuelo, con mi desprecio por el ritual funerario, y la historia de la vecina viuda que se encontraba de rodillas tras confundir a mi pobre padre con algún santo (y terminó hecha carbón).

Yo no lo noto, a mi me parece de lo más natural. Pero se ve, dicen por las calles, o me comentan mis asistentes, que mis opiniones-como habrán notado, mayormente repudios o quejas- generan controversia. No entiendo qué tiene de controversial decir que el cielo es así de azul porque un par de moléculas de aire decidieron agruparse y no porque dios así lo haya querido; o destapar que en verdad la idea de Papa Noel es un invento del modelo económico en el que vivimos para facturar más; o mencionar al pasar que el gobierno secuestra y fusila integrantes del partido comunista. O al menos a quienes tienen cara de serlo. Simplemente no lo comprendo, es un hecho, todos lo saben, pero yo soy quien tiene el descaro-o la ingenuidad- de poner aquel tabú en palabras. Realmente no lo entiendo, ojalá alguien junte el coraje para explicarmelo. Cosa que veo menos factible que, que cada medio pueda volver a esa pequeña libertad de expresión ilusoria. Eso veo como un verdadero descaro, no mis inocentes palabras.

Verán, estos textos míos "controversiales" llegaron a una circulación tal, que se ve que le subí la presión a más de un cabecilla gubernamental. Y por eso me buscaron, de más está aclarar que fue amablemente, con fusiles y escopetas en mano como un ramo de flores, y un tono de voz suave y amable de esos que son tan cálidos que sentís que estás ardiendo en lo más profundo del infierno, (como ya saben quienes).

Me buscaron en el club, en las oficinas del diario, incluso llegaron a la puerta de mi dulce, tan dulce Alhelí. Me persiguieron hasta la sombra. Me persiguieron tanto, que ahora estoy muerto.

Al menos el yo que solía ser está muerto. Murió el Licenciado Facundo Ibarzabal el día que me entregaron mi nueva identidad por contactos un tanto turbios. Para pasar a ser: Pedro Herrera.

Me retuerce el estomago de solo pensar en mi nueva y simple mundana identidad.

A mi me gustaba agitar el avispero. Pero creo que más me gustaría seguir respirando. Porque si dejase de respirar no podría ver nunca más a mi Alhelí. Ay mi dulce Alhelí. Aquella médica de guardia que me trató las heridas y costillas rotas que me quedaron secuela de las golpizas de unos simios, matones, repugnantes, a la salida del trabajo. Benditos sean esos simios asquerosos que me volaron más de un diente, por hacerme encontrar a la que de ese día en más, sería mi faro. Mi luz, mi musa. Mi todo. Muchos creen que yo soy-era-un hombre que vive por y para su trabajo. Pero en realidad mi única devoción en esta vida, es mi Alhelí.

Nunca me consideré una persona polémica, pero sí muy transparente. Lo que pienso, lo digo. Y lo que digo, realmente lo pienso. Y esa transparencia me llevó al infierno mismo. Me detuvieron al menos en 3 ocasiones, sin contar las amables golpizas en callejones. O los agradables paseos en autos completamente polarizados con hombres que medían más que el mismísimo obelisco.

Nunca me consideré una persona polémica. Pero sí un cobarde. No creo que haya nacido cobarde, creo que los demás me hicieron cobarde. A mí no me importaba escribir en extensas columnas las calamidades que se realizaban en el submundo del que nadie habla. Ni quiera hablar. A mí, lo que me importaba eran los moretones que me dejaban como consecuencia. O las fracturas. O las escupidas de sangre. Por eso abandoné toda mi felicidad. Tuve que abandonar mi faro por un tiempo. Para poder sobrevivir.

Me aleje de todo aquello que me generaba la sensación de que estaba realmente vivo. Me aleje de los besos de Alhelí, de las trompadas, de las amenazas. Me aleje de Facundo Ibarzabal.

¿Para qué? Para reducir mi monótona y depresiva existencia a PEDRO HERRERA. Nombre que no me trae más que infelicidad. Pero infelicidad de la verdadera. La infelicidad de mi vida pasada venía de la mano de la adrenalina. Y esa sensación, de estar siempre al borde, al límite era lo que hacía que me corriera sangre por las venas. Que mi corazón bombee a más no poder.

Ahora soy Pedro Herrera. Y estoy muerto. Más muerto que mis padres. Mi ser se reduce a flotar en una nube de angustia. Estoy vivo-¿lo estoy?-pero

a costas de estar muerto.

Llegó un día en que me encontré superado por esta situación. Me supero estar, pero no estar. Me superó alejarme de todo lo que me hacía ser. Me supero la nostalgia de ver la sonrisa de Alhelí preparandome un mate todas las mañanas con esos ojos negros en los que me sumergiria una y mil veces y su saquito verde que con tanta ternura había tejido.

Si ya no puedo volver a ser aquel Facundo que alguna vez fui, y tengo que limitarme a ser este infeliz PEDRO HERRERA, prefiero no ser. Nada. No existir..

Y ahora solo soy un cadáver tirado en el sótano de mi humilde departamento alquilado en las afueras de todo. Lamentando cada una de las decisiones que tomé. Pero la verdad es que, yo morí desde que dejé de ser aquel licenciado perspicaz que hablaba con el corazón. O quizás debía haber faltado a aquel cumpleaños de mi vecino, y haberme quedado en casa, para ser carbón, cenizas.

Lo único que sé en este instante previo a mi última bocanada de aire, de vida, es que ya no estoy. Ni estaré en este plano. Ya no soy corpóreo. Y así estoy mejor. O al menos, menos peor.